

LA MARINA DEL ATLÁNTICO

Heitor MARTÍNEZ GRUEIRA



N éste mi primer artículo para la REVISTA GENERAL DE MARINA presento un relato que se remonta al «comienzo de los tiempos», con el fin de que algunos conozcan, y otros simplemente recuerden, un hecho que pudiera constituir uno de los orígenes «olvidados» de la Armada. Me refiero a la creación de *A Marinna do Atlántico*.

Con el permiso de los lectores nos remontaremos a la Baja Edad Media; concretamente al siglo XI. La Hispania cristiana se encuentra reducida a algo más del tercio norte peninsular, mientras que al sur se encuentra al-Ándalus, constituida por distintos reinos independientes musulmanes de taifas.

En este siglo los reinos cristianos peninsulares se encuentran inmersos, por un lado, en la Reconquista, y por otro en sus luchas por el poder. Son muy frecuentes las revueltas internas y los enfrentamientos por derechos de sucesión, que provocan en ocasiones la secesión de territorios, que con posterioridad y mediante uniones matrimoniales o la usurpación se consiguen reunificar de nuevo.

De entre todos estos reinos cristianos nos centraremos en el Reino de Galicia. Corre el año de nuestro Señor de 1100. Muerto el rey Alfonso VI «el Bravo» (1040-1109), deja establecido que sea su hija Urraca —viuda de Raimundo de Borgoña desde 1107— quien acceda al trono. Pero tras su casamiento con Alfonso I de Aragón «el Batallador», el trono de Galicia pasa a su nieto Alfonso Raimúndez (1105-1157), que será conocido como Alfonso VII «el Emperador» (rey de Galicia, León y Castilla).

Debido a la corta edad con la que el infante accede el trono, se encomienda el gobierno del reino al nuevo obispo y futuro primer arzobispo de Santiago de Compostela, don Diego Gelmírez (1059-1139). Se trata de un eclesiástico gregoriano muy próximo a la Orden de Cluny, que destaca como hábil político, eficaz regidor, eficiente administrador, gran estratega y sobresaliente

cronista de la época, que nos legó su *Historia Compostelana (De rebus gestis D. Didaci Gelmírez, primi Compostellani Archiepiscopi)* como obra de exaltación de sus logros y que recoge una amplia y completa crónica de los reinos de la época.

Este obispo gozará de excelentes relaciones con el futuro rey Alfonso VII; primero, por su labor de protección y, llegado el momento, por apoyar los derechos de sucesión del nuevo rey, que culminará con su coronación como rey de Galicia por el propio Gelmírez en la Catedral de Santiago en el año 1111.

Tan relevante fue la posición que alcanzó el obispo en el seno del reino que entre los muchos privilegios de administración y gobierno otorgados por la Corona se le otorgó el de acuñación de moneda. Dicha concesión es de especial mención por lo insólito para la época y por tratarse de un miembro del clero, ya que se reservaba este privilegio exclusivamente a la Corona y la alta nobleza.

Puede describirse el Reino de Galicia de la época baja medieval como un territorio próspero, rico en recursos naturales y punto de referencia europeo no sólo como centro religioso, sino también como centro económico y difusor cultural, gracias al ya muy extendido y reconocido Camino de Santiago. Por otro lado, será precisamente este referente el que hará del reino en general, y de Compostela en particular, un territorio ambicionado por otros pueblos, y de ahí el origen de una de sus grandes amenazas... la que proviene del mar... las invasiones vikingas.

De estas invasiones o incursiones, datadas ya en los siglos IX y X, se ha culpado siempre como principales causantes a los vikingos (reyes del mar), aunque en realidad había también otros pueblos depredadores como los normandos (hombres del norte), anglosajones y, en menor medida, musulmanes.

Fueron estos pueblos del norte los que llevaron a cabo las más importantes campañas de incursión en el Reino, con el objetivo principal del saqueo, bien para enriquecerse o para «vitualarse» y poder desarrollar empresas de mayor envergadura, tal y como han quedado registradas sus expediciones de saqueo a lo largo y ancho del Mediterráneo.

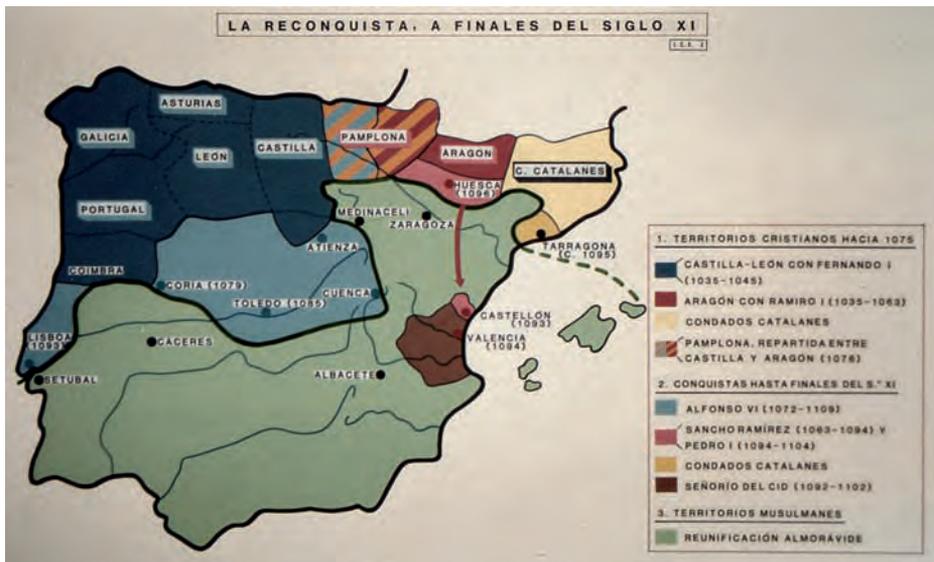
Pero serán sus campañas de invasión las que dejarán una profunda huella en la historia del reino. A diferencia de las incursiones, el objetivo principal de éstas sería el de afincarse y consolidarse, creando un nuevo reino normando independiente, al que ellos ya denominaban Jacobsland (tierra de Santiago). Es preciso recalcar que, sorprendentemente, algunas de estas invasiones fueron posibles gracias a las «peculiares» alianzas y colaboraciones que se establecieron entre los invasores y la nobleza local, con el único fin de defender sus comunes intereses políticos sobre el reino. Como alianza más significativa y datada destacaremos la establecida en el año 1032, cuando el caudillo danés Earl Ulf, apodado *Galiza Ulf* o *Ulf el gallego*, combate en tierras lucenses al lado de la nobleza gallega frente al rey Vermudo III de León.

Pero el resultado final era el de unas campañas de hostilidades que dejaban a su paso un panorama económico y social desolador, poniendo en peligro la estabilidad del reino y de la propia Corona. De estas campañas destacaremos, por orden cronológico, las siguientes:

- Entre los años 850 y 866 se produce el desembarco y posterior saqueo en Iria Flavia, antigua sede episcopal. Posteriormente, una vez asentado el contingente invasor, se dirige a Santiago de Compostela y la sitia. La plaza



L'armorial Le Blancq. Escudo real gallego.



Territorios cristianos y musulmanes. Siglo XI.



Alcance de las incursiones e invasiones vikingas. Siglos VIII-XI.

será liberada por el conde Petro Froilaz y, una vez derrotados los invasores, el propio rey Ordoño solicitará al papa Nicolás I que sea trasladada la sede episcopal a Compostela, como salvaguarda ante futuras incursiones.

- Entre los años 968 y 969 se produce una nueva invasión, en la que destaca el asesinato del obispo Sisnando de Compostela, el saqueo del monasterio de Curtis y de la sede episcopal de Bretoña. Los invasores, en su continuo avance, llegan a combatir en tierras lucenses de O Courel.
- En el año 1008, en una nueva invasión, destruyen totalmente la sede episcopal de Tuy. Será el rey Alfonso V quien mandará reconstruir la catedral en su actual ubicación, en previsión de futuras invasiones.

A la vista de los hechos, son fácilmente imaginables las pérdidas ocasionadas y la psicosis que provocaron estas invasiones entre la población, así como la patente incapacidad del reino para hacerles frente. Todo ello hizo imprescindible tomar una serie de medidas encaminadas a evitar en lo posible estos ataques.

Ya por el siglo X, el obispo Sisnando de Compostela decide la construcción de una línea de defensas a lo largo de la costa como medida disuasoria más que defensiva. Más tarde, el también obispo de Compostela Cresconio trata de proteger el acceso marítimo a la ciudad compostelana mediante la construcción de las famosas Torres Oeste (*Castellum Honesti*) en Catoira.

La orografía suave y carente de defensas naturales que caracteriza a las Rías Bajas convierte esta costa en una zona fácil de asaltar y muy extensa para defender. Es por ello que todas estas medidas resultarían ineficaces a la hora de hacer frente a los contingentes invasores, que conseguían asaltar las defensas y, para mayor escarnio, emplearlas posteriormente en su propio beneficio.



Reconstrucción fotográfica de las Torres Oeste. Catoira, Pontevedra.

Consciente de la situación y de los efectos que provocaban las continuas incursiones, el obispo Gelmírez llega a la conclusión de que estos enemigos deben ser combatidos en la mar y no aguardar a que se establezcan en tierra firme para hacerles frente, como hasta entonces se había hecho.

Recogen en las crónicas del reino en el siglo XI la existencia de una *marinna* compuesta por sencillas embarcaciones que se dedican a la pesca de bajura o al comercio de cabotaje. Lo que no deja de ser curioso es que, a pesar de la importancia y prosperidad del reino, éste no dispusiese de una flota mercante de cierta entidad como las flotas cántabra o catalana de la época, además de la infraestructura necesaria para su construcción.

Ante la precaria situación descrita, se precisa en primera instancia dotar al reino de la infraestructura precisa para acometer el innovador proyecto naval. Para ello, el obispo Gelmírez envía emisarios a las principales ciudades itálicas, con las que se mantiene relaciones a través del Camino de Santiago. Fruto de ellas, llegan a Galicia el genovés Augerio y el pisano Fuxón como constructores navales. Es necesario destacar que los lugares de origen de los constructores no eran ciudades cualesquiera, ya que tanto Génova como Pisa eran los referentes navales europeos de la época gracias a sus desarrolladas atarazanas, sus conocimientos náuticos y, por supuesto, sus expertos navegantes.

El siguiente paso fue la elección de la ría de Arousa para la ubicación de las nuevas atarazanas, lo que no será una decisión «al azar». Cabe destacar que es el estuario de acceso a Compostela y que se encontraba al resguardo de

las recientemente reforzadas Torres Oeste, cerrando el acceso a Iria Flavia y al río Ulla. Pero, además, es en esta zona donde ya se encontraba focalizada la construcción naval de la época, una construcción artesanal de carpintería que ha perdurado hasta nuestros días y que goza de igual reconocimiento, denominada *carpinteiría de ribeira*.

Una vez establecidas las factorías navales, comienza la actividad con la construcción de dos naves, cuyo coste alcanzaba la imponente cantidad de «sesenta marcos de plata acendrada» por unidad, como nos describe la *Historia Compostelana*. Estas construcciones partían del diseño más desarrollado de la galera birreme romana (*gallea birreme*) con espolón, similar al de una «dromona» (insigne galera de la marina del Imperio bizantino), aunque de menor porte (aprox. 25-27 m de eslora y 6-6,5 m de manga), con una única cubierta y una fila de grandes remos a cada banda, que requerirían de dos a tres hombres por cada remo.

Una vez comenzado el proyecto, es imprescindible la ocupación y adiestramiento de dotaciones de guerra, para lo que se destinan inicialmente —como cita la crónica— «doscientos hombres expeditos en asuntos de marina y de guerra». Pero lo que se gesta inicialmente como una organización de tareas defensivas responde exitosamente a la afrenta de piratas y pasa a continuación a desarrollar acciones corsarias al mando del pisano Fuxón, asaltando naves y poblaciones ismaelitas (musulmanas), devolviendo con rápidos y hábiles golpes de mano las afrentas causadas en el pasado.

Una de las campañas más destacadas contra los musulmanes es relatada así en la *Historia Compostelana* (Libro II, Capítulo 21):

«Pero al fin, llegado cierto tiempo, los sarracenos de Sevilla y de Lisboa, invaden con veinte naves el litoral de Santiago y asegurados en su muchedumbre, llevan la desolación a todas partes, aunque pocos hombres hicieron cautivos, porque los más se habían refugiado en los montes. Por último, habiendo ido los más de ellos a sus tierras, quedaron aquí cuatro naves que se guarecían en las islas de Ons, Sálvora y Flamia (Cíes). Sabido esto por el arzobispo y legado de la santa iglesia romana, marcha apresuradamente a Iria-Flavia, convoca a los irienses (marinos) mándales que aparejadas las naves del arzobispo y las propias de ellos, vayan a acabar con los sarracenos. Exhorta también a sus caballeros a que, unidos con los irienses, partan a ensayar sus fuerzas contra los moros. Los irienses, una vez dispuestas la naves, dirígense a alta mar y buscan en derredor de las islas las naves de los ismaelitas. Así que dieron con ellas atracadas, más acá del castillo de Pontesampaio y ocuparon vigilantes las entradas de la ría, para que no se les escapasen de noche, pues avanzaba ya el crepúsculo de la tarde. Hecho mañana, los irienses inflados y preparados para el combate, únense en orden de batalla y acometen contra las naves sarracenas. Estos al verlos venir de lejos con velocidad continua, dan a los remos, corren a las armas y nada perezosos dispónense a la lucha.

Empero los irienses, como agresores, atacan con más audacia y en un violento asalto hieren con los espolones férreos a las naves de los gentiles, déjanlas maltrechas, dispérsanlas y en el mismo choque saltan a sus naves; a unos matan, a otros arrojan al mar y de otros, como cautivos que hacen y lo son, se compadecen. Los ismaelitas, a su vez, unos pretenden pelear, otros quieren remar, algunos procuran huir a nado.

Entretanto una nave sarracena, más ligera, escúrrese por entre las naves irienses y logra fugarse. Las otras tres empero, son apresadas por los cristianos. Dieciséis sarracenos murieron allí mismo, los cautivos que hicieron fueron noventa y ocho, además de armas y botín que recogieron. A los cristianos que los sarracenos llevaban cautivos diéronles libertad.

Finalmente los irienses con las naves apresadas, los cautivos ismaelitas y multitud de despojos, volvieron contentos a su tierra. De todo esto dieron la quinta parte al obispo...»

Tras este detallado relato, queda patente que toda incursión contra el reino no iba a quedar en el olvido y que provocaría de inmediato una reacción de igual o mayor envergadura. Pero los enfrentamientos con los musulmanes tampoco tomarán dimensiones desproporcionadas, no sólo por la aparición de esta Armada, sino porque unas malas relaciones bloquearían el importante comercio (especies, telas, etc.) entre territorios, lo que resultaría mucho más perjudicial para ambos.

No ocurre lo mismo con los pueblos procedentes del norte, que no cejan en sus continuas incursiones, algunas igualmente relatadas en la misma crónica (Libro I, Capítulo 76):

«...Al mismo tiempo Pelayo Gudesteiz y Rabinado Núñez (baja nobleza gallega) habían tomado a sueldo en su ayuda a unos piratas que, partiendo de Inglaterra en dirección a Jerusalén, habían tocado Galicia y el motivo de tomarlos fue para que, reforzados con su ayuda, ellos inquietasen las tierras adyacentes robando y despoblando; y que los piratas ingleses, como gente extraña a las delicadezas de la piedad, arruinasen las comarcas remotas y marítimas, ejercitando la rabia de su ferocidad; lo que se realizó a la letra... así pues, mientras los marineros de Iria-Flavia y los que se les juntaron de Santa María de la Lanzada se dirigían al asedio sobredicho, aquellos depredadores habían salido a robar como de costumbre y destruida por ellos una iglesia, ocupábanse en trasportar los despojos a las naves. En seguida los irienses toman las armas, preparan escudos, espadas y dardos, corren alegres al combate, sin dejar por eso los remos de las manos. También los ingleses hacían lo mismo; pero impedidos por el robo, ni para pertrecharse, ni para remar les quedaba tiempo suficiente.

Da comienzo el combate por ambas partes, dispáranse dardos como grani-zo y sobre todos combaten a pedradas, valiéndose de los cantos que al efecto

llevaban de lastre en las quillas, por último, álzanse enérgicos contra el enemigo, suben de un salto a sus naves y a unos traspasan con dardos, a otros aplastan con piedras y a los demás, atadas atrás las manos, conceden la vida. Apresan la nave de los ingleses y otras dos más que dieron los nobles y prosiguen viaje, dirigiéndose al cerco emprendido, alegres con tan inesperado triunfo llevando consigo los cautivos... pero cuando los vencedores atracaron y vio el obispo a los cautivos ingleses llorando porque tenía grabado en el archivo de su memoria... dirigiéndose a sus marinos, les dijo: «Hermanos, vosotros sabéis que la quinta parte de cuanto habéis reportado de esta victoria me pertenece de derecho, aunque es grande y preciosa, nada quiero recibir de vosotros, dadme tan sólo los cautivos, ésa sea mi porción»; lo cual decía, intentando desatarlos de sus cadenas y librarlos del yugo del cautiverio. Recibidos, pues como botín los cautivos, obligólos el mismo obispo con juramento a no inquietar más a los cristianos y a que no hiciesen contra ellos cosa alguna como las referidas y dejólos ir libres...»

Por supuesto, esta acción no marcaría el fin de las hostilidades con los pueblos normandos, pero la nueva organización defensiva, junto con el avance de la Reconquista y el declive de la «era vikinga», fue dejando poco a poco para el recuerdo en las crónicas unos acontecimientos que marcaron la historia medieval del Occidente hispano.

Éste ha sido el pequeño relato del inicio de una humilde Armada, cuyas acciones marcaron una tendencia ofensiva como prelude de los nuevos desafíos que estarían por llegar. Las generaciones posteriores, antes y después de la unión de las coronas de Castilla y Aragón, continuarán y finalizarán la labor de la ardua Reconquista, se adueñarán del Mediterráneo, descubrirán y colonizarán América, circunnavegarán la Tierra y llevarán a cabo un sinfín de grandes empresas, abriendo camino a lo que hoy llamamos globalización. Mi homenaje con este artículo a todos aquellos hombres de mar cuyos nombres no aparecen reflejados en los libros de historia, que independientemente de su pabellón y credo supieron con su esfuerzo y espíritu hacer frente a toda clase de desafíos y adversidades.

BIBLIOGRAFÍA

- ADRO, XAVIER: *Diego Gelmírez. Reino de Galicia, siglos XI y XII*. 1978. Universidad de California. ISBN: 847249179X, 9788472491793.
- FILGUEIRA VALVERDE, José: *Gelmírez. Iniciador de la Marina del Atlántico*. Diputación Provincial, 1985. Depósito Legal: PO 315-1985.
- <http://corazonleon.blogspot.com/2007/05/alfonso-vii-rey-de-len-y-emperador-de.html>
- <http://sdecurrinho.iespana.es/Galego/gelmirez.htm>
- http://www.lafronteradelduero.com/Paginas/alfonso_vii.html
- <http://digital.csic.es/bitstream/10261/20455/1/60.pdf>